



Por

HUGO CUCCARESE | LA NACION

SÁBADO 04 DE JUNIO DE 2006 • 16:06

Foto // Aubert Labblé

PSICOLOGÍA DE UN CRIPTÓGRAFO INDESCIFRABLE

El Síndrome Le Benard

Es difícil, muy difícil abordar un artículo donde trataremos de articular cuestiones relacionadas con el mundo de las sensaciones. Pues es justamente desde allí donde podremos vislumbrar el romanticismo y su constante búsqueda de la belleza y del goce estético, el llamado goce escópico o goce de la mirada. Hablamos de ciertas personas que aman la belleza y que son capaces de quedar absortos con el solo hecho de contemplar un amanecer o la corriente de un río. La naturaleza, para los viajeros especialmente es la causante de producir esa indescriptible sensación de éxtasis ante la visión de “lo que es bello”, aquello que en otras épocas brillaba por encima de todo lo demás.



Detrás del frío cristal blindado los mudos pictogramas causantes del “Síndrome Le Benard”. Foto //



407



Me refiero a eso que a principios del siglo XIX se acuñó en pleno romanticismo para esa catarata de sensaciones que inundaban al espíritu de los románticos, como el ocurrido al famoso escritor francés Henri-Marie Beyle, más conocido por su seudónimo de Stendhal, el más romántico de los románticos, cuando por fin creyó haber alcanzado a través de la contemplación su ideal de belleza. Pero empezamos por el comienzo. En 1817 Stendhal emprende un viaje por Italia durante la preparación de lo que sería su nuevo libro. Allí una de las paradas obligadas era Florencia, cuna de los grandes artistas del Renacimiento como Leonardo, Miguel Ángel o Rafael, entre tantos otros. Ocurre que cuando estuvo parado frente a la Basílica de la Santa Cruz, el célebre escritor, el hombre que amaba la literatura tanto como a la arquitectura, sufrió una extraña experiencia. De repente, tuvo un sudor frío por todo su cuerpo y una sensación de mareo incontrolable mientras su corazón latía como un tambor: era el hombre frente a Dios. O frente a La Mujer –como diría Le Benard-.

Cuando Stendhal estuvo frente al subyugante poder de lo idealmente sublime, dijo:

“Había llegado a ese punto de emoción en el que se encuentran las sensaciones celestes dadas por las Bellas Artes y los sentimientos apasionados. Saliendo de Santa Croce, me latía el corazón, la vida estaba agotada en mí, andaba con miedo a caerme”.

Stendhal fue el primero que confesó su amor por la belleza, por la belleza de las formas. El primero que habló abiertamente de su relación con la imagen, especialmente con la contemplación de “lo bello”. Pero no fue sino hasta 1979 que una psiquiatra italiana, Graziella Margherini, estudiara en profundidad estas extrañas sensaciones que tenían los amantes de la belleza, y utilizara el concepto de “síndrome” para bautizar lo que ella

consideraba una “enfermedad”. Fue entonces que nació la expresión “**el síndrome de Stendhal**”.

El secreto de la “costilla” de Adán o el “nirvana” de Eva

“La belleza no es más que la promesa de la felicidad”

STENDHAL

“La belleza encierra un misterio inexpugnable”

J. LE BENARD



407



A partir de estos estudios, la doctora Margherini sostuvo que el síndrome de Stendhal era una enfermedad leve y momentánea, de origen psicosomático, que se producía en determinados sujetos cuando llegaban a contemplar lo que para ellos era su ideal de belleza, (una presunción científica corroborada por la doctora cuando una larga lista de casos similares aparecieron entre turistas y visitantes de Florencia). Pero a diferencia del síndrome de Stendhal, el llamado “**síndrome de Le Benard**” es definitivamente más impenetrable, y por cierto, mucho más difícil de comprender.

Cuando el cuerpo del criptógrafo francés fue hallado en los campos de concentración y sus restos enterrados en un mausoleo de París, se produjo en la Ciudad Luz un fenómeno similar al ocurrido con la gente de Florencia, la que tenía la misma reacción “romántica” que sufría Stendhal ante el exceso de belleza; pero a diferencia de aquellos, estas personas (en su mayoría lectores y seguidores de Le Benard) desarrollaban una reacción más parecida a la que tuvo el doctor cuando quedó maravillado y petrificado por lo que tenía delante de sus ojos. Cuando el hombre se enfrentó a lo inconmensurable, a lo indecible. Cuando los deslumbrantes pictogramas del hueso de dragón superaron las expectativas de su descifrador, dejando en lo más profundo de su alma una huella y una sensación de angustia imborrables.



407



El **Síndrome Le Benard** había nacido, y con él se le había puesto nombre a esa extraña reacción que tienen algunos sujetos cuando contemplan la belleza, pero en su sentido más profundo y místico -ya no como la descrita por Stendhal-, sino como la narrada por Le Benard, cuando quedó mudo y patético frente a la escritura del hueso hallado en China. Fue allí mismo, justo cuando se hallaba frente a los fríos e impenetrables caracteres del hueso que supo -con la fuerza de una revelación zen- que estaba frente al mayor de los misterios: el misterio de La Mujer.

“Cuando estuve cara a cara con la verdad de aquel enigma apasionante (el de los pictogramas grabados sobre el fósil) sentí una explosión de belleza indescriptible, fue una experiencia extraordinaria que me hizo llorar como un niño; solo un rato después vino el vértigo, la sensación de mareo y las palpitations. No obstante, confieso que más fuerte aún fue el sentimiento de impotencia y frustración que tuve cuando finalmente comprendí –y como por una intuición súbita- el significado que tenía para el hombre el desciframiento de aquella impenetrable escritura. Y entonces lo vi con absoluta claridad. Fue como una revelación freudiana: aquel hueso de dragón no era otro que la costilla que Dios le arrancó al hombre para crear a La Mujer”.

Para Stendhal su reacción ante la belleza de las formas representaba un punto ciego en su posición frente al Otro, al igual que para Le Benard, pero a diferencia de aquel, que en dicha contemplación se hallaba frente al misterio de la Creación y al de la existencia de Dios, para el criptógrafo francés, esa misma reacción frente a la belleza lo ponía en relación directa al “otro misterio” -que es simétricamente similar-, al misterio del útero (de donde proviene la palabra “histeria”) y la creación biológica del hombre, es decir, frente a la existencia de La Mujer. De la mujer Histórica.

Lo que para Stendhal representaba desde un punto de vista romántico *el misterio de la belleza*, de la belleza del Creador y de la belleza de las formas, cuando éste modeló al hombre de

la arcilla y le dio vida con su aliento divino; para Le Benard representaba desde un punto de vista más psicológico *la belleza del misterio*, la belleza de lo inalcanzable y de lo imposible, es decir, la belleza del enigma de todos los enigmas posibles del universo –según su propia expresión-: el enigma de La Mujer.

El *síndrome Le Benard* es por tanto el “momento lebenardiano” por excelencia. Un estado de ser, particularmente inenarrable. Un instante en el que el sujeto que yace frente a un misterio - inexpugnablemente bello- se fuga y se pierde por los oscuros y anonadantes abismos del Nirvana, de esa mística y mítica oquedad en la que la mujer encuentra allí un sentido para su existencia como Mujer, y el hombre, por esa misma vacuidad encerrada en la belleza que contempla, su más angustiante sensación de castración.

Agencias AFP y DyN

En esta nota: MAURICIO MACRI - NICOLÁS MADURO - MARCOS PEÑA

- [LA NACION](#)
- [Política](#)
- [Crisis en Venezuela](#)